

JOSÉ ANTONIO MUÑOZ ROJAS, MAESTRO Y AMIGO

Por *JACOBO CORTINES*

No es más que la manifiesta admiración que he sentido por José Antonio Muñoz Rojas desde que lo conocí, y el verme honrado por su amistad desde entonces, lo que le ha llevado a esta Real Academia a designarme, junto a otros miembros que lo trataron más y lo conocieron mejor, Rafael Atienza y Aquilino Duque, para que intervenga en este inexcusable y merecido Homenaje que nuestra Corporación hoy le rinde.

El primer encuentro que tuve con José Antonio fue allá por los años finales de los setenta, con motivo de una lectura poética que le organizamos Juan Collantes de Terán y yo, evidentemente sin remuneración económica, en el pequeño salón del antiguo Club La Rábida. Sabía que había colaborado en 1954 en un número de la revista *Aljibe*, porque así me lo había dicho el propio Collantes, uno de sus fundadores; sabía que era amigo de Dámaso Alonso, de Vicente Aleixandre, de Luis Felipe Vivanco; que se había codeado con lo mejor del 27: Salinas, Guillén, Lorca, Romero Murube; que había colaborado con sus paisanos Prados y Altolaguirre; que era un alto cargo del Banco Urquijo; pero desconocía la verdadera dimensión de su obra poética, la significación de sus transcendentales traducciones de los metafísicos ingleses, el valor de sus ensayos, o la belleza de sus evocaciones líricas y narrativas. La razón no era otra que los libros de José Antonio no se encontraban en las librerías de la época, que el nombre de Muñoz Rojas no era moneda de cambio entre los jóvenes de mi generación. Ahora teníamos por fin la opor-

tunidad de conocerlo. Y llegó puntual, vestido de manera sencilla, con un fular al cuello en lugar de corbata, pequeño, ágil y sonriente. Le invitamos a que subiera al estrado, pero él no consintió; debió de parecerle aquel púlpito un tanto solemne, y prefirió sentarse en el escalón de la tarima, para estar así más cerca del reducido público. Leyó algún poema suyo, pero no quería protagonismos, porque lo que deseaba era entablar un coloquio con los asistentes. Qué sencillez en todo. Fue la primera lección que recibí del maestro. Me cautivó su modestia, su rechazo a las vanaglorias mundanas. Él me invitó a que lo visitara en el campo, en la antequerana Casería del Conde, y allí fui al poco tiempo, y quedé fascinado con aquel retiro horaciano, tan hermoso de paisaje y tan noble en sus construcciones, pero principalmente por el que lo habitaba con quien pasé todo un día de enriquecedora conversación. Recuerdo que volví con un ejemplar dedicado de *Las cosas del campo*. Cómo me gustaron esas páginas, con cuánto entusiasmo les hablé a unos y a otros. Presté el libro y no me lo devolvieron. Pero pronto encontré otro ejemplar en la cuesta de Moyano, cuya edición en Áncora y Delfín la saldaban. Era un libro que me estaba abriendo muchos caminos como para no tenerlo siempre ya a mano.

Visité de nuevo a José Antonio en su magnífico piso de General Esparter, frente al Retiro. Lo vi en Sevilla, en Antequera, en Ronda. Y entre los numerosos encuentros que se sucedieron a lo largo de los años, recuerdo con especial cariño aquella doble ceremonia del hermanamiento entre Capela, la finca de los Carande, y La Casería, de la que dejé constancia en uno de mis cuadernos de notas: diciembre de 1994-enero de 1995. Anotaba allí algo de lo que hablé con José Antonio en aquella ocasión. Me dijo que había leído por tres veces mi *Carta de Junio*, que yo se la había enviado unos meses antes recién salida de la imprenta, y que le había gustado mucho, aunque yo insistiera en cierto lado amargo de Andalucía. Me impresionó que me dijese, con toda su delicadeza, que pensaba que yo a veces “castigaba” demasiado, y que no podíamos negarnos la misericordia. Fue la segunda gran lección. Hablamos también de Hopkins y de Eliot, poetas por los que yo sentía un vivísimo interés, y en los que él era un consumado traductor y ensayista. También conversamos sobre la prosa de Juan Ramón. Cómo no hacerlo con quien era uno de sus más genuinos continuadores.

Otro encuentro que no puedo dejar de mencionar, por mera cuestión de gratitud, fue cuando accedí a presentar aquí en Sevilla, mi libro de memorias *Este sol de la infancia*, tan deudor de sus *Cosas del campo* y de sus *Musarañas*. Nadie me parecía más indicado que él por muchas razones, y aunque había sobrepasado ya los noventa años, no dudó en ponerse en camino desde La Casería y acudir otra vez puntual y generosamente, en compañía de Fernando Ortiz, a dedicarme unas elogiosas y cariñosas palabras de presentación que guardo agradecido en la memoria.

En los últimos años los libros de José Antonio me han ido llegando a medida que salían: *Objetos perdidos*, *Historias de familia*, *Entre otros olvidos*, *La voz que me llama*, *El Comendador...*, gracias a la meritísima labor de un fervoroso lector suyo como ha sido y sigue siéndolo Manolo Borrás, que desde su editorial Pre-Textos tanto ha contribuido al reconocimiento y la difusión de un escritor de primera fila que hasta entonces no pasaba de ser patrimonio de unos pocos privilegiados.

Muchas veces hablé por teléfono con José Antonio para verlo de nuevo. Mejor cuando pase el invierno, se oía al otro lado. Todos sabíamos que por ley natural, en la frontera de los cien años, el viaje definitivo no tardaría en llegar. Pero hoy no estamos aquí para lamentaciones, sino para celebrar su obra y rendir público tributo de admiración hacia su persona.

Permítanme, por tanto, que tras estas palabras de evocación personal, dedique mi intervención a aproximarme a un tema capital en su labor creativa: su visión de Andalucía. Y así, la título:

EL RESPLANDOR DE ANDALUCÍA

En uno de los libros más sugerentes y menos conocidos de José Antonio Muñoz Rojas, los *Ensayos anglo-andaluces* (Valencia, Pre-Textos, 1996), figura una cita de Plinio en la que se alude a “un fértil y particular resplandor” de la Bética. Hay que amar mucho a Andalucía y conocer bien a los clásicos para hallar esas palabras que parecen anunciar proféticamente la propia labor del escritor. Porque la obra de Muñoz Rojas podría considerarse en su conjunto, ya sea prosa ya verso, como un gran resplandor de Andalucía; de su tierra

y de sus hombres con las circunstancias de éstos, los enraizados y los cosmopolitas, los que pisan sus sierras y llanuras, y los que las añoran en sus largas ausencias. Ambas circunstancias se dan en el escritor, y desde dentro y desde fuera Andalucía está presente con toda su diversidad y belleza, porque aunque instalado en Madrid, a partir de 1951, afirmaba con orgullo: “Yo no he salido nunca ni de mi infancia antequerana, ni de mi juventud malagueña, que son las que han conformado mayormente mi vida”.

En estos *Ensayos*, escritos en épocas muy distantes de su larga y fecunda vida, se siente la seducción por ese mundo donde tantos han persistido en ubicar el paraíso perdido o hallado. Por ese espacio se adentra Muñoz Rojas para mostrarnos qué hay de verdad o de mentira en ello. Sus caminos de exploración son muy diversos: los de la literatura, los de la contemplación directa, los de la investigación y el análisis sociológicos; distintos pero complementarios hasta convertirse en una única vía de penetración: la del amor a la llamada de la tierra nativa, que necesita de hijos semejantes para que la descubran y se la descubran a los otros.

Uno de los que le guía por esta luminosa selva, como un Virgilio a Dante por la oscura, es Pedro Espinosa, su paisano y amigo, pues con el poeta áureo, ese andaluz interior y profundo, establece Muñoz Rojas una auténtica “relación personal”, un diálogo que va mucho más allá del rescate literario de los clásicos por parte de un Azorín, por poner un ejemplo; un diálogo donde sólo se usan “palabras verdaderas”, porque es esencialmente poético. Y fueron dos ríos quienes se lo presentaron: primero el humilde Guadalhorce del soneto inicial; después el Genil, convertido en personaje mitológico en su magistral *Fábula*, que “me hizo su amigo para siempre, por la atractiva manera con la que me introducía en los amores del río, la descripción de su morada, la de las ninfas que medio ninfas o náyades eran, medio mocitas andaluzas bordadoras...”. La tercera presentación corrió a cargo de un coterráneo, Don Francisco Rodríguez Marín, el maestro de la vecina Osuna, que escribió la biografía sobre Espinosa tan enriquecedora para el joven Muñoz Rojas, que no cesaba de preguntarse cómo había sido posible el fenómeno de aquella Escuela poética a finales del siglo XVI en su Antequera. La respuesta a ese “milagro” se la iba proporcionando el polígrafo ursoniense: por aquel entonces enseñaba Juan de Vil-

ches, maestro de humanistas, de dos de los cuales, Juan de Mora y Bartolomé Martínez, fue discípulo Pedro Espinosa, así como otros poetas del grupo. Y Muñoz Rojas seguía preguntándose por los amores que pudo sentir su amigo, y se nos aparece la figura de Doña Cristobalina Fernández de Alarcón, la Sibila antequerana, probablemente la Crisalda que le llevó al desengaño amoroso y a escoger la vida retirada. Qué dialogo tan sabroso establece entonces con el “solitario de la gloria”. Pero lo que más le interesaba a Muñoz Rojas de su amigo Pedro Espinosa, más que su labor como antólogo de las *Flores de Poetas Ilustres*, más que su vertiente profana y manierista, era el sentimiento religioso interior de quien desnuda su lenguaje e interroga a su Creador:

¿Quién te enseñó el perfíl de la azucena?

El poeta de los “Salmos”, el que le enseña que el mundo es una continua proclamación de la grandeza de las obras divinas. Sin esa enseñanza Muñoz Rojas nunca hubiera escrito esas maravillas, aunque en clave de humildad, que son *Las cosas del campo*.

Otro solitario, “El Solitario” por antonomasia, Seraffín Estébanez Calderón, le pone en la pista de descubrir la Andalucía virgen, apenas entonces asomada a la civilización y al progreso. Pero antes Muñoz Rojas observa con agudeza que la vida de Estébanez, nacido en Málaga en 1799 y muerto en Madrid en 1867, sintetiza la azarosa historia de España, pues vio de niño a los soldados napoleónicos; algo mayor, perderse un imperio, con la independencia de América; y ya en su madurez, el estallido del Romanticismo. A lo que habría que añadir las dos grandes proyecciones que nuestro ensayista le atribuye a Estébanez: Valera y Cánovas; el primero, en la prosa narrativa; el segundo, en la actividad política. Y luego analiza con extraordinaria precisión el significado de las *Escenas Andaluzas*. Ahí radica para Muñoz Rojas el verdadero mérito de Estébanez, no en su carrera como político ni en su faceta de escritor militar, que en ambas cosas fue más bien un fracasado. Pero como pintor del natural, como maestro del claroscuro, nos hace ver que no tenía rival en su tiempo, y señala como antecedentes de sus cuadros costumbristas los pintados en ciertas páginas de Cervantes, como en las de *Rinconete y Cortadillo*, y la apropiación del lenguaje de la picaresca, de la que tomó el lado benigno, es decir, la técnica de la pintura naturalista de cuadros y tipos, pero no la amargura del pícaro. Muñoz Rojas in-

siste, y acierta bien en ello, en la importancia que tiene el pormenor en las descripciones del Solitario. “El pormenor más pormenor es en Estébanez auténtico” –afirma. A quien quiera saber cómo vivían los andaluces de aquella época, qué comían, cómo vestían, cómo se adornaban personas o estancias, le recomienda que acudan a las páginas de las *Escenas* como fuente de información inexcusable. En Estébanez ve el ensayista la potencia creadora de Andalucía, y reproduce la adjetivación, para nada gratuitamente acumulativa, que “El Solitario” dedica a su tierra, que es también la suya: esta “ancha, rica, fértil, valiente, creadora Andalucía, madre, maestra y señora nuestra”. Esa potente multiplicidad que al buen lector de Estébanez que fue José Antonio Muñoz Rojas le llevó a plantearse lo de las “varias andalucías”: la de Gustavo Adolfo Bécquer, la de Juan Ramón Jiménez, y la oliverera de Antonio Machado. Y concluye su ensayo sobre Estébanez mostrándose de acuerdo con la opinión de su amigo Emilio García Gómez, en sus *Nuevas Escenas Andaluzas*, de que “Estébanez es la única contrapartida nacional a las andalucías de Chateaubriand, de Byron o de Mérimée”, gracias a la sobriedad, la gracia y la ironía de un lenguaje riguroso, en el que se vislumbra el aludido resplandor.

El descubrimiento de la riqueza de Andalucía por parte de Estébanez indujo a Valera a recrear la suya propia, distinta pero a su vez deudora. Una Andalucía a la que Muñoz Rojas, en su nuevo ensayo, le asigna una concreción geográfica muy precisa: “un par de pueblos situados en el sur de la provincia de Córdoba y la comarca que las rodea”. Cabra y Lucena, para entendernos. Pero Valera –puntualiza-, descendiente de aquella nobleza de la Reconquista, nacido en una época de crisis, no es un escritor rural, sino de las ciudades, de los pueblos, con su grandes casas en decadencia, con sus familias que viven del campo pero que no lo habitan. Unos personajes que reflejan las transformaciones sociales, las nuevas formas políticas, con caciques incluidos, los cambios de mano en la propiedad de la tierra, de la pequeña nobleza provinciana a los nuevos hacendados. Toda una introducción literaria a la historia de los grandes pueblos andaluces. Sin esas penetrantes lecturas de las novelas de Valera, donde este tipo de ciudad andaluza es la fuente de inspiración, no hubiera cristalizado en la obra de Muñoz Rojas esa Antequera de sus pequeñas y grandes *Musarañas*.

En un ensayo sobre Andalucía no podía dejar de oírse la voz del pueblo: las coplas populares que le llegan como hijas del aire, todas desnudas, pura esencia, para eternizar sus temores y esperanzas que son los de todos nosotros. En *las pocas palabras verdaderas* de su admirado Antonio Machado encuentra él la mejor definición de la poesía popular, la de la profunda humildad, la que expresa lo prodigioso con absoluta naturalidad. Y él indaga en los orígenes de esta lírica, en las difusas fronteras con la poesía culta, en su relación con el flamenco, en el carácter intemporal de esta poesía con la que como hondo y puro andaluz se siente tan identificado, y que incorpora a su obra poética, como esas “Coplas” que figuran en su *Cancionero de La Casería*.

En contraste con esas humildes y esenciales manifestaciones artísticas, está la obra del círculo malagueño de quien tanto dice ignorar, del mismísimo Picasso, cuya ambigüedad angélico-demoníaca le inquieta y le impresiona. Pero no ignora del pintor tanto como confiesa con su acostumbrada modestia. Basta adentrarse por esas páginas, a las que denomina una divagación, para que el lector perciba cuánta pasión y cuánta sensibilidad artística hay en su *apresurada búsqueda de Picasso* desde que tuvo noticias del pintor, allá por 1926, cuando despertaba al mundo intelectual, hasta la etapa final del genio, en donde echa de menos la compasión, a la manera de un Cervantes o un Tolstoi, que hubiera podido completar su grandeza. Muñoz Rojas reconoce que Picasso, el hombre que era todo ojos, el que ponía al mundo patas arriba, el que diseccionaba implacablemente lo humano, fue como una de esas sombras con las que era tan difícil luchar, y que su tiempo quedó marcado por su huella. No desconocía tantas cosas del pintor, y bien pudiera el autor haber titulado esas páginas “Los Demonios de Picasso”, aunque no se le ocurriera ese título cuando las escribió, pero sí cuando las recogió en estos *Ensayos*.

Llegado a este punto, el escritor interrumpe sus ensayos andaluces para incorporar los referentes a sus otros compatriotas, los ingleses: Donne, Herbert, Crashaw, Hopkins, Thompson, Eliot. Un mundo riquísimo en el que no voy a entrar, pues requeriría un tiempo del que no dispongo ahora, pero sí mencionarlo por lo muy significativo de la amplia visión que de la vida y de literatura tuvo José Antonio Muñoz Rojas: mundos distintos y distantes, pero en él cercanos y armónicos. Y como un puente entre esos mundos,

podríamos mencionar su ensayo sobre la “Imagen romántica de España, los precursores”, donde se dan ejemplos de las impresiones que tuvieron tantos viajeros que por aquí recalaron: Arsens, Scott, Lihtgow, Howell, Lady Fanshaw, el reverendo Clarke, el caballero Carter, Richard Twiss, Townsend. Visiones que fijan una imagen de España, la romántica, personificada especialmente por Andalucía, “con el riesgo inevitable de las desfiguraciones de ambas”.

Con esa amplitud de miras, llega así el escritor a enfrentarse con “la dulce y agria Andalucía”, la olivarera, la de un pueblo labrador que no habita el campo, porque el campo no es un recreo, sino una quemazón en verano sin más esperanza de sombra que la noche. Y finalmente en estos estupendos *Ensayos*, Muñoz Rojas abre las puertas de Andalucía: las de las cuatro estaciones. La otoñal de los viñedos; la invernal de los olivares; la primaveral de las montañas y serranías; y la estival de las grandes campiñas de cereales. Un espléndido retablo como sólo podía pintarlo un grandísimo poeta, que a su vez era un magnífico narrador y un agudo ensayista.

José Antonio Muñoz Rojas se coloca así en la mejor tradición de los cantores de Andalucía. Si por una parte entronca con un clásico como Pedro Espinosa, por otra profundiza en los surcos abiertos por Estébanez y Valera, e incorpora en su quehacer poético los quintaesenciados procedimientos de la lírica popular. Su visión ensayística de Andalucía es penetrante y certera, como nacida desde dentro de alguien que la habitó, la conoció y la amó con lucidez y entrega.

Que el resplandor de su Andalucía ilumine nuestras más recónditas obscuridades.